



separaba, se casa entonces con la Lapique, porque también él quiere salir en el «Hola» y no se le ocurre otra cosa. Ya les habían dado el divorcio, tanto ponerse pesado el padre Aradillas, y entonces la pareja (el rayo de luz y el pobre, no los Lapique) deciden seguir teniendo niños y panecillos y quién sabe si el día de mañana, cuando ella deje de ser un rayo de luz y él deje de ser pobre, ponen una panadería y tan ricamente. ■

SILVA DE VARIA LECCION

Gerardo se ha vuelto rojo. A la vez, claveles. Sigue publicando en ABC, aprovechándose de la ausencia de monseñor Escrivá, pero Carandell debe denunciar el caso. Pedro Rodríguez dice que han puesto pilas de agua bendita en ABC. Mentira. Yo he estado y no. Lo que han puesto es un Vía Crucis de Revello de Toro donde los sayones tienen cara del Frente de Juventudes. Eso es lo que le duele a Pedro. Menos mal que doña Pilar Franco lo ha dicho más claro: «En política nunca se puede estar seguro de nada». Pues llevamos cuarenta años con el seguro —incluso el de Enfermedad, doña Pilar—, y si no recuerde los 25 Años de Seguridad que organizó Fraga antes de hacerse arriano.

Fraga, por cierto, no vuelve hasta noviembre, porque octubre lo va a dedicar a despedirse de Londres. Yo creo que va a dar la mano a los londinenses uno por uno. Qué fina se hace la otra España en el exilio, aunque sea diplomático. Es como Madariaga, que hasta usa capa española. O Sánchez-Albornoz, que, recién salido del archivo de don Claudio, se pone el camión de dormir para escribir cinco tomos de una sentada contra Américo Castro, y una carta air mail contra Laín Entralgo. Lo mismo pasaba con

Blanco White, que se llamaba Blanco en español y en inglés. No hay como el exilio para volverse fino y usar la pala de pescado. Como han subido tanto los estacionamientos en Madrid, la gente se va a estacionar a Suiza. A estacionar dinero, claro. O a Londres, para saludar a Fraga y hacerse de Fedisa.

—¿Es aquí donde se apunta uno a Fedisa, don Manuel?

—Pregunte a Pio Cabanillas. Lo encontrará en los restaurantes de la Costa Fleming, en Madrid. Es uno con barretina.

Bien está «Malizia» con la jarretiera, jarretera o liguero de la Antonelli, pero a León Felipe que me lo quiten de la vista o no respondo de mí. Ni de don Espasa Calpe. ■ MARCEL.

NOCTAMBULARIO PERSONAL

LUNES.—La vida está llena de misterios. Los doctores no acaban de dar con la curiosa enfermedad de ROCIO JURADO. Mientras, las malas lenguas, las viperinas, las de siempre, aprovechan para largar lo suyo. Hay quien dice, incluso, que la Jurado ya es muy mayor y que debía retirarse; y hay quien añade que ya lo habría hecho hace tiempo si no fuera por su familia, que es quien la pincha para que siga en el epicentro del folklore nacional. Lo cierto es que Rocio piensa que todavía no ha llegado el momento de abandonar su carrera: «¡Qué iban a hacer mis admiradores sin mí!», dice. Un caso típico.

MARTES.—No hay derecho a lo que están haciendo con el pobre JOSE LUIS BORAU. El hombre estrena su película tan ricamente, encima gana la CONCHA DE ORO en el festival de SAN SEBASTIAN, y ahora le vienen con amenazas. Los de la extrema derecha le di-

APOLOGIA DE LA RAZON

A veces tengo la agradable sospecha de que a Encarna la gustan los maduritos. Digamos, francamente, los viejos. Paseo con ella en un atardecer acaramelado y rosa por la calle de la Princesa. Paseo tristemente porque la juventud dorada es demasiada competencia para mí. Pero me sobresalto de esperanza cuando la oigo decir:

—Este Pemán, desde luego, es un tío... ¿No le parece a usted, Don Sixto?

Pemán, sepanlo, tiene ochenta años. ¿Será que Encarna va entrando en razón?

—Lo digo por su artículo de «ABC»...

Yo también lo había leído. Tal era mi feroz estado de depresión aquel día —¡un día entre los días!— que no se me ocurrió otra cosa que leer «ABC», aunque casi no pasé del artículo de Pemán en el que pedía clemencia para los condenados a muerte. Y razonaba. Razonaba, Dios mío, en una era como la nuestra...

Frente a Pemán siempre he tenido una respuesta ambigua. Por muchos motivos me consta que es un liberal, y por otros me consta que es de esos liberales que se han predispuesto a dejar de serlo en determinadas circunstancias históricas.

Pemán tenía esa mañana una triste, serena, ejemplar lucidez. Me consta que no es la primera vez que pide clemencia, y que ni siquiera esta ha sido la circunstancia más dramática. Pemán ya ejerció buenos oficios en años tan complicados para los buenos oficios como 1939, 1940, 1941, y el largo etcétera de una época histórica que algunos tuvimos que vivir de otra manera. Pemán es uno de esos ciudadanos que podría haber relajado el país.

Es un hermoso artículo el de Pemán. Viejo. Bastante cansado. Pero litigante desde una forma antigua y eterna de conciencia. Convencido en su fondo relativista liberal de que el hombre, más que un portador de valores eternos, es un ser portador de valores convencionales: conservando su vida, no hacemos otra cosa que conservar la convención del valor humano.

No conservarla sería algo así como matar la gallina de los huevos de oro, porque en la creencia de nuestra dignidad radica la razón de nuestra capacidad de convivir. Es una creencia cultural que puede desaparecer como el miriñaque o el beso en la mano, y si alguna vez desaparece la creencia en el valor supremo de la vida, sólo nos quedará la muerte como razón de ser o no ser. Pemán podía haber pasado lucrativas facturas históricas y ha preferido vivir de su trabajo. Letra a letra. Como dan sus puntos las costureras. Letra a letra ha compuesto una hermosa apología de la razón. Que ha volado al aire de otoño, al aire fresco de este atardecer que tapiza la calle de la Princesa de una suave hojarasca dorada...

Medito, y me interrumpe la exclamación de Encarna:

—¡Jo, que tío!

Un jovenzuelo, sí, un simple jovenzuelo. Ni tío, ni jo, ni nada... Ha pasado el mozalbete, y ya Encarna ha cambiado su mirada. Pienso si él habrá anidado de alguna manera la apología de la razón. ■

SIXTO CAMARA